

PINTORES MODERNOS

HENRI MATISSE

por JEAN EMAR.

He aquí el artista que no se discute, Matisse es Matisse y a su nombre todo el mundo inclina la cabeza. Es el maestro consagrado; es el hombre de talento reconocido. Hasta la escuela empieza a pronunciar su nombre con respeto. Tal es su situación en el mundo artístico. Sólo un pintor, de los contemporáneos, puede vanagloriarse de estar a igual altura: André Derain. Son las dos estrellas. Con Picasso, el misterioso insatisfecho, forman el triunvirato de la pintura de hoy día. Son los tres amos del porvenir pictórico. A través de ellos, mil artistas inquietos atisban las rutas que se abren hacia horizontes nuevos. Derain, el constructor grandioso cuyas obras tienen acentos beethovenianos; Picasso, el artista múltiple, tentacular, foco de posibilidades; Matisse, espontaneidad, luz y, para hablar más justo, vida!

Nació Henri Matisse en el norte de Francia en 1869. Frequentó el taller de Gustave Moreau. Expuso por primera vez en la Nacional de 1896. Siguió exponiendo en los independientes y ahora lo hace con regularidad, en el salón de la Gran Exposición, además, en Ginebra, Suiza, Alemania, Rusia, etc. Hay, a menudo, exposiciones particulares suyas en París.

no encuentro, en verdad, nada más que decir de Matisse. Hay hombres, alrededor de cuyas labores pueden hacerse vastas construcciones explicativas, hombres hechos para ocupar un casillero vacío que la humanidad quiere llenar. Sus obras satisfacen una necesidad al formar parte de un movimiento en desarrollo. Pero hay otros que son como una generación espontánea, que no tienen compañeros, ni fijan con precisión sus antepasados, ni se percibe tras qué fin trabajan y se afanan. Matisse es de éstos. Un artista único, sin colectividad que le levante, pero alrededor del cual empiezan, como gallampas, a crecer un número de imitadores.

Al querer definir su obra he dicho "vida". Tiene, sí, algo de la vida misma: no da margen a definiciones justas, no permite ser englobada, huye cuando uno cree haberla aprisionado y aunque de este modo burle la razón, que siempre pide clasificaciones para su tranquilidad, atrae, fascina y se llega a la conclusión de que, por encima de ser buena o de ser mala, como la vida... obra ante todo "es".

Sobre las flores, podemos decir mil cosas, sobre su color, perfume y utilidad, sobre su modo de crecimiento y su marchitez; más el "por qué" de una flor, nos escapa. Lo mismo, sobre cuanto existe; lo mismo sobre nosotros los hombres: aquí estamos, hablamos, discutimos, amamos y maldecimos. Y sobre todo ello cavilamos llegando a magnas conclusiones. Pero por qué aquí estamos para hablar, discutir, amar y maldecir... Mas vale cubrir tal dilema con un paréntesis y no devanarnos los pesos. Mas este punto sin respuestas — la vida misma — es el que nos subyuga y en su misma fluidez y simplicidad — ¡ser! — encierra su magnificencia. Tal me ha aparecido siempre la obra de Matisse.

Me explicaré un poco: Al comparar la pintura de Matisse con la de otro pintor, ponga, por ejemplo, la del constructor soberbio que es Derain. Derain hilo legítimo, resultado puro de la evolución, diría que la de éste es una verdadera "obra", es decir, que se comprende que ella nace de un profundo y sosegado trabajo del espíritu, de una observación tenaz cuyo resultado se elabora en la mente para producir luego una construcción nueva. Es como una catedral: la creación del hombre sobre la naturaleza que ha sido su colaboradora, explicándose sus leyes eternas. Sobre estas leyes el hombre ha creado y ha edificado la catedral. Así me ha aparecido la obra de Derain. En las pinturas de Matisse, comparadas con las anteriores, me hacen pensar en seres vivientes, en un ave, una flor, que no se do al mundo tras penoso de un cerebro organizador el impulso mismo de la vida que se manifiesta y se manifiesta. Diríase de Matisse: un macho con el don de procrear en la luz. Ante una catedral, por perfecta que sea, puede opinar y discutir acerca de su construcción, pues hija ella misma de la construcción humana, es, en principio, susceptible de variaciones tanto de origen como de resultado. Ante una gacela o un lirio, no se discute, sólo se constata. Son como ellos son y como tales se aceptan.

Es esta sensación la que he experimentado ante dos cuadros de Matisse: que en ellos no hay posibilidad de variaciones, que una discusión sería ociosa, que constatarlos y aceptarlos es el único camino.

gido justo, exacto, luego fijado y allí está y... nada más. Hay muchas obras — en plástica, letras o música — a las cuales se les podría quitar algo o agregar algo. Creo que a todas las obras, en principio, quede hacerles tal cosa. De seguro las empeoraríamos, las dejaríamos trun-



HENRI MATISSE

cas. Pero esto es otro asunto. Pero y trunca, la obra seguiría siendo la misma, menos hermosa e incompleta. Con una obra de Matisse, no creo posible tal experimento: si algo se le agrega o quita no me parece que la empeoraríamos, sino que simplemente resultaría con ello otra obra, inferior a la primera, pero de todos modos "otra". A tal extremo ellas me aparecen como expresiones, como sensaciones espontáneas. Si hemos tenido una sensación cualquiera, no nos queda más que registrarla. El menor cambio en ella, la menor modificación, haría otra sensación y la primera habría dejado de existir.

Una novela puede ser perfecta,

mente pero con justeza asombrosa. Y vuelvo a mi comparación: expresa la vida como un ave o un pez, sin explicar ni filosofar; la expresa viviendo en sus telas, como los seres la expresan con el solo hecho de vivir en sus cuerpos.

Y es por esto también que, al hablar de este pintor extraordinario, no he podido explicar su obra, precisar sus cualidades, criticar sus defectos, en buenas palabras, y como al principio lo dije, hacer a su lado una construcción paralela. He dicho, más o menos, mis sensaciones sobre él. Creo que es lo mejor. Parodiando a Vladimir que ha escrito: "la pintura es como la cocina: no se explica, se gusta", podríamos escribir: Matisse tampoco se explica, se gusta. Sobre las cosas que han gustado sin explicación, es preferible comunicar impresiones que traten de definir las cosas mismas.

Sin embargo, algo más concreto podría decirse del arte de Matisse. ¿Qué produce este efecto de vida en su obra? Es, sin duda, el gran dominio sobre el oficio, sobre sus medios de expresión. Cuando los artistas perciben un rasgo nuevo en la naturaleza, un nuevo sentido, nace también una nueva manera que lo exprese justamente. Y una nueva escuela se forma. Los comienzos de toda escuela tienen esto de común: La manera de expresión prima sobre lo que se desea expresar. Hay un cierto alarde en hacer ver los medios que se están empleando, las "trouvaillés" que cada cual aporta. Hay cierta embriaguez de sí mismo y se prefiere el modo de hacer a lo que se hace. Mas, cuando toda esta parte del oficio está plenamente dominada, los esfuerzos, alardes, trucos y maneras, se desvanecen, pues se han convertido en algo espontáneo. Como cuando todos hablamos, en confianza. Desaparece el esfuerzo del espíritu para obligar a los sentidos a seguir el rumbo que se les impone. Los sentidos obedecen fielmente. Es un triunfo del alma sobre la materia. Por eso la "naturalidad" es una de las cualidades, al parecer más fáciles, en verdad más ex-

es la verdad de la luz. "Si a algo debiera compararse la obra de Henri Matisse — dice Guillaume Apollinaire — habría que escoger la naranja. Como ella, su obra es un fruto de luz resplandeciente". Mas, hay cien modos de ver y de expresar la luz. Matisse la ve como un hombre instintivo. Toda su pintura es un cántico y una exaltación al instinto, pero el instinto totalmente dominado por el oficio y guiado por el buen gusto.

Al hablar de instinto se entiende, a menudo, desenfreno, casi animalidad. Sin embargo, estas apreciaciones deberían dirigirse más al empleo que de él se hace que al instinto mismo. Puede ser él como cualquiera otra facultad. Amo del hombre, es la animalidad, por cierto; pero esclavo del hombre, es un arma tan fuerte y más fresca que la inteligencia para penetrar el mundo. Matisse se ha conocido a sí mismo como un hombre instintivo y ha trabajado entonces sobre sus propias cualidades. No se ha dejado seducir por la voz de orden que hoy impera: construcción, cerebro, concepción. Su naturaleza abundante, límpida, ha rebalsado por encima de tales órdenes. Y ha llegado a la conclusión de que el primer paso en las artes es conocerse, y sobre esto acentuar, desarrollar, exaltar.

A propósito: Fundó Matisse escuela en París, con el fin de enseñar, no el arte de la pintura sino a buscarse y a encontrarse, sí mismo, de hacer ver a los discípulos que, para ser pintor, no se trata de cualquiera otra cosa, de lo dicho de paso — es la vida ante todo, ser un hombre que es una conciencia y disciplina, que temas, y no un conjunto de reglas, las que sólo pueden enseñarlas un artista. Los alumnos, en todas partes del mundo, buscaron el camino de seguir al maestro, imitar, al poco tiempo, toda la escuela había "matisse". Matisse, en 1905, cerró la escuela.

Cuanto a sus cuadros, se han ellos por todas partes. Gran número en Alemania, en Estados Unidos, en Francia, por supuesto en Inglaterra, etc. Pero sobre todo en Rusia. En Moscú existía una importante colección de grandes



UNO DE LOS CUÁDROS MÁS CELEBRADOS DE MATISSE

mas su perfil... no excluye el que uno comprenda que su autor hubiese podido desarrollarla de otro modo. Podemos estar de acuerdo en que lo ha hecho del mejor modo posible. No importa. La posibilidad anterior subsiste siempre. Mas no así con una frase, una palabra oportuna y precisa, lanzada a tiempo en medio de un debate. Esta palabra ha sido un momento, el momento mismo: fué dicha, dió su efecto y el momento pasó. Una tela de Matisse es eso. Es la cosa oportuna, en el tiempo, la cosa que no pudo haber sido otra.

Es por esto que su pintura no ha comparado con la vida misma, con esa parte de la vida que es mejor cubrir con un paréntesis y dejar que nos subyugue al costarla. No se crea que quiero decir con ello que Matisse explique este punto obscuro. Ma-

presiva del pleno poder del artista.

Esto es Henri Matisse. Será en vano que se intente ver "la manera cómo" Matisse pinta, de qué combinaciones se vale para producir tal o cual efecto. Un orador de choclón arranca vítores. Pero un momento más tarde su discurso puede ser desmontado por un hombre sereno, desmontado como una pequeña maquinaria y aparecerán, desnudos, muertos, mil recursos calculados para producir el efecto. La próxima vez el orador hará sonreír. Un buen orador, en cambio, emocionará sólo por haber dicho verdad y por haber hallado para ella las expresiones justas. Igual es la pintura y es aquí Matisse el buen orador. Pinta verdad y pinta justo. De ahí la dificultad de encontrarle sus recursos y englobarlo en un grupo definido, o sea, en una manera de hacer.

telas suyas. Con la revolución, se dijo que habían sido incendiadas y destruidas. Más parece que Lunatcharsky, por el contrario, ha ordenado que un centinela, ríe al hombre, las vigile día y noche, como a uno de los más preciados tesoros de la República del Soviet.